

pos en que el joven Reverzy comenzaba su formación clínica. Pero tal vez no es imposible juzgar tan duramente, hoy en día, la actitud de algunos médicos. De todos modos no son las posturas maximalistas las que interesa desenmascarar, sino aquellas otras que sin duda podrían fundamentar, hoy también, una de las más ácidas frases del médico escritor:

... seres tan alejados como los médicos y los enfermos...¹²

Probablemente se encuentre, entre éstas, con mucha mayor frecuencia la incomunicación, el silencio, que no el uso y abuso de aquella palabra cosificadora y dictatorial. El silencio con el que, como vimos, responde el paciente a las órdenes y manipulaciones del médico; el mutismo del que se reviste —como de la ropa de hospital, como se aclimata al lecho numerado— el enfermo desde el mismo momento de su ingreso;¹³ la usura verbal del profesor, «ahorrativo de sus instantes como de sus gestos y sus palabras»,¹⁴ que sólo concede cinco minutos, cronometrados por una enfermera, a la anamnesis y exploración de los pacientes ambulatorios, lo que da como resultado diálogos como el cruelmente descrito por Reverzy:

- ¿Dónde le duele?
- Por todas partes.
- ¿Cuándo le duele?
- Todo el tiempo.
- ¿Desde cuándo?
- No me acuerdo.¹⁵

A Reverzy le obsesiona el tema de la comunicación. Incluso cuando analiza el lenguaje científico, la jerga profesional utilizada por los médicos para participar sus descubrimientos —esto es, incluso en aquellos casos en que, al menos directamente, el paciente no está implicado— Reverzy se resiste a abandonar la pista sobre la que, en un momento crucial de su existencia, le han puesto sus anfitriones de una noche:

... ese estilo impersonal propio a los doctores, tan particular como el de los militares y el de los eclesiásticos, infestado por el énfasis, las metáforas dudosas y los términos incongruentes, tales como *oligofrenia*, *bradicardia*, *asistolia*, *polidipsia*, y otros mil parecidos, revoltijo hirsuto de griego farfullado por bárbaros. Estilo que refleja, como su escritura ilegible y desmoronada, la inmensa fatiga de los médicos, cuyo espíritu sobrecargado, para aislar el hecho y describirlo, no tiene ya la fuerza de ir hasta el extremo de los recursos del lenguaje.¹⁶

En este fragmento aparece, a modo de justificación, otro de los motivos fundamentales de la obra, del que no puedo ocuparme en esta ocasión: el de la insuperable fatiga del médico, con el que, precisamente da comienzo el relato. No obstante esta justificación es sólo parcial, pues el protagonista la experimenta tanto como cualquiera de sus colegas sin dejar por ello, como hemos visto, de reflexionar sobre el lenguaje intentan-

¹² Op. cit., p. 87.

¹³ Op. cit., p. 54.

¹⁴ Op. cit., p. 56.

¹⁵ Op. cit., pp. 55-56.

¹⁶ Op. cit., p. 60.

do «llegar hasta sus últimos recursos». En esta indagación le ayudará tanto como la escucha del lenguaje profesional la atención al decir del lego, cuando éste, impremeditamente, consigue tender hacia el enfermo los puentes que el médico establece con tanta dificultad, cuando no renuncia lisa y llanamente a esta tarea. Para experimentar este conocimiento es preciso esperar hasta la hora de las visitas, cuando

las salas muertas, donde resucitaba una vida insospechada para los médicos, se llenaban del zumbido de las palabras dulces, crasas, con las cuales el pueblo explica su emoción y su ternura.¹⁷

Tan sólo cuando el médico comparte con su paciente una situación que le angustia y le preocupa es capaz de encontrar el adecuado lenguaje, abandonando el pedestal científico-sacerdotal sobre el que —por placer o por comodidad— suele encontrarse. En la narración de Reverzy tal situación está representada por la guerra:

En el hospital una inquietud desconocida aproximaba a seres tan alejados como los médicos y los enfermos: llegó a haber entre ellos algún intercambio de palabras. Familiaridad irrisoria que llegó a su fin cuando el ejército se desbandó.¹⁸

Morbus in silentio

Tal vez sea exagerada la dureza con que el autor juzga a sus maestros y compañeros de antaño. Tal vez todos ellos comparten con él, aunque de forma no tan clara, esa preocupación por la comunicación que, paradójicamente, llega a ser incomunicable si no se poseen los recursos expresivos de los que Reverzy se muestra sobradamente dotado. Lo cierto es que lo que se muestra a su mirada de médico y de novelista es el fracaso de la comunicación. Pero no es menos cierto que, hasta ahora, sólo hemos considerado lo que Laín ha llamado *morbus in verbo*,¹⁹ esto es, aquel nivel de realidad del hecho morboso que puede ser expresado a través de la narración, de la descripción de lo que en el cuerpo del enfermo acontece. En la clasificación tripartita de Laín —*morbus ante verbum, morbus in verbo, morbus ultra verbum (in silentio)*—²⁰ existe un reducto para la comunicación, el reducto de la «comunicación existencial» en el sentido jaspersiano:²¹ se trata del último de los niveles, el de la enfermedad «*in silentio*». Ante la perplejidad que se experimenta frente al dolor y la muerte, la palabra resulta inoperante y es el silencio la única vía para expresar la compasión, la comprensión, el deseo de auxiliar en lo posible a aquel que no puede manifestar su soledad, su sufrimiento. Y el médico Reverzy, educado tanto por su práctica clínica como por la reflexión suscitada por la sibilina frase de Mme. Joberton de Belleville, se muestra enormemente sensible a la seducción de este silencio expresivo; silencio que, en ocasiones, será por él administrado sabiamente, técnicamente, con una aparente frialdad que no debe engañarnos, pues lo teatral de alguno de estos silencios se justifica por la convicción de que tal actitud ayuda efectivamente al enfermo; más aún: que tan sólo esa actitud puede ya

¹⁷ Op. cit., p. 57.

¹⁸ Op. cit., pp. 87-88.

¹⁹ Laín, P. (1986), p. 244.

²⁰ Laín, P. (1986), pp. 243-247.

²¹ Jaspers, K., Philosophie. Berlín, Springer, 1973; pp. 126-129.

ayudar. La narración de Reverzy comienza con una visita domiciliaria cuyo único objeto es la cumplimentación, por parte del narrador, de un certificado de defunción:

Me dirigía hacia un deber fácil; exigiría de mí pocas palabras, no habría vacilación ni duda: bajo el tejado, en una buhardilla, iba a recibir la tranquila hospitalidad de un muerto. Bastaría con algunas palabras escritas, con una mirada más pensativa que de costumbre y con un movimiento de la mano alzada, que luego dejaría caer como para decir: «Callemos. El ruido ofende a los muertos. Incluso este gesto es inútil».²²

El médico de barrio, antiguo interno del hospital universitario, reconoce creer ... en el poder de las palabras sencillas, mil veces repetidas, perfeccionadas por el uso, maquinales y sin embargo matizadas (...). Pero es vano —afirma— arengar a los muertos.²³

Lo que sigue es la descripción de la representación teatral, mímica, que anunciaba al dar cuenta de su proyecto:

Sin decir nada, adelanté el brazo; mi mano subió hacia la luz; mis dedos, suspendidos, desplegados, después encogidos como para coger un objeto invisible y maleable y modelarlo, vacilaron, y mi gesto se desmoronó como una frágil estatuilla que se disloca, se abismó en las tinieblas, mientras que mi mano inerte volvía a caer a lo largo de mi cuerpo. La mujer, que me observaba, me expresó su conformidad con un movimiento de sus párpados.²⁴

Y de la radical veracidad de esta pantomima dan cuenta las líneas siguientes:

El silencio, por otra parte, favorecía nuestro acuerdo (...). El lenguaje envuelve a los seres con una aureola falaz a través de la cual se miran sin reconocerse: las palabras son los testigos de su alejamiento y de su mudez. Ahora podíamos medir nuestra distancia y nuestra soledad. Un gesto cuya inutilidad quedaba expresada en su propio abandono bastaba para ello. Y yo había venido desde la otra punta de la ciudad, a la primera llamada, con el solo pensamiento de hacer ese gesto pesado y vano.²⁵

Pero de poco serviría el aprendizaje de Reverzy —y poco tendría, por otra parte, que enseñar a sus lectores, sean éstos o no médicos— si solamente le permitiera salvar con gallardía situaciones como la descrita. La piedra de toque de la comunicación no puede ser el cadáver; ni siquiera su viuda. Sólo el enfermo puede revelar cuándo se ha logrado establecer la comunicación, y en qué medida puede ésta ser verbalizada. Del mismo modo que Reverzy nos muestra solamente uno de los cadáveres con los que hubo de vérselas en su práctica profesional, sólo presta atención a uno de sus pacientes, paradigmático, al que nos presenta como el primero de su ejercicio como médico de arrabal. La prolija narración de la primera visita a casa de Dupupet constituye una auténtica rareza frente a las descripciones habituales:

Todo el mundo habló al mismo tiempo. La mujer se mantenía de pie detrás de mí y su voz, como un viento ligero, pasaba por encima de mi cabeza; todas sus palabras, desde el instante en que ella había abierto la puerta, habrían podido transcribirse en una sola frase armoniosa, inmensa, prolongada sin cesar. Dupupet oscilaba, de derecha a izquierda a cada penosa inspiración, y la dificultad de su respiración fragmentaba su discurso en frases entrecortadas. Su voz,

²² Op. cit., p. 16.

²³ Op. cit., p. 18.

²⁴ *Ibíd.*

²⁵ *Ibíd.*